

Vivir la experiencia de la inquietud de forma pacífica; Xavier Thévenot tras las huellas de Francisco de Sales'.

Thierry Le Goaziou

Introducción

Esta presentación se divide en tres etapas. En primer lugar, una reflexión crítica sobre la crisis sanitaria que acabamos de vivir, que nos invita a situarnos de manera diferente, en el umbral de un nuevo comienzo. En segundo lugar, una referencia a la obra de Xavier Thévenot, teólogo moralista francés, en particular a su noción de puntos de referencia, que aplicó a la comprensión del encuentro educativo, pero cuya pertinencia va mucho más allá del marco inicial. Por último, una parte más perspectiva sobre la percepción de un mundo post-COVID que se ha vuelto fundamentalmente inquieto, actualizando los puntos de referencia éticos propuestos por Thévenot, como lector de los escritos de San Francisco de Sales.

1. Un mundo que se ha vuelto insensible e incierto.

Entre los diversos traumas por los que atraviesa el planeta, la crisis sanitaria merece nuestra atención porque nos invita a considerar todo su alcance. De hecho, la incertidumbre existencial en la que nos ha sumido desde marzo de 2020 está sacudiendo nuestras representaciones. Sacude las creencias y hace saltar lo evidente. Nos saca, individual y colectivamente, de nuestra zona de confort. Invita a los cristianos a revitalizar la ética de la que son portadores y testigos. En particular, nos expone a una forma universal de vulnerabilidad que nos recuerda que somos seres frágiles y falibles. Esta exposición, que no es segura en absoluto, es probable que continúe, aunque nos esforcemos por creer lo contrario. Si las consecuencias sociales de la irrupción de esta pandemia vírica son vinculantes, esta situación sin precedentes puede verse también como una oportunidad, un camino aún por concebir y recorrer. Inaugura un nuevo paradigma, cuya relevancia está ligada a nuestra capacidad colectiva de situarnos en una duración precaria e incierta, pero curiosa y abierta. ¿Qué nos dice?

La pandemia ha sumido repentinamente al planeta en una era de incertidumbre y falta de claridad. Esto genera una ansiedad que puede escalar hasta convertirse en una forma de trauma que no perdona a nadie y se cuela por todas partes. Todos vivimos, más o menos como pacientes potenciales, con miedo, temor y a veces ansiedad. ¿Por qué lo hacemos? Porque percibimos la posibilidad de ser afectados por el virus como una contaminación que constituye una especie de miedo. La infección genera un pánico incontrolado. Aspiramos a salir de este periodo amenazante, en el que nuestros puntos de referencia se han vuelto borrosos y reversibles. Nos proyectamos desesperadamente en el después, en un mundo de certezas y evidencias que regresan, mientras que inconscientemente percibimos en el fondo que este mundo puede no emerger ni regresar nunca. Este calvario parece no tener

fin y es difícil de predecir en ausencia de una perspectiva serena. A los periodos de reclusión les siguen momentos de toque de queda; uno se encuentra atrapado en una especie de paréntesis liminar, separado del mundo anterior y sin llegar al siguiente. Esta última se convierte en una cifra deficitaria que agota la esperanza y compromete seriamente nuestra necesidad imperiosa de consuelo.

Sin embargo, esto llena un vacío que las perturbaciones internas causadas por la ansiedad y la incertidumbre alimentan. Por ejemplo, la figura del tacto como acto concreto que consuela tanto al que toca como al que es tocado es tranquilizadora porque revitaliza una esperanza capaz de superar lo insuperable. Sin embargo, esta perspectiva se vuelve remota y nula cuando el ethos social se cierra sobre sí mismo, instituyendo el distanciamiento -de uno mismo y del otro- como la nueva norma de comportamiento. La interacción pierde su capacidad de construcción, su dimensión de asombro a costa del distanciamiento, lo que reduce la dinámica de la intersubjetividad y el encuentro con la alteridad. El déficit ético de la presencia es especialmente cruel. La gestión errática de esta crisis pone de manifiesto la vulnerabilidad del ser humano, que suele pasar desapercibida, alejada de nuestras preocupaciones cotidianas. La irrupción de este virus es inquietante porque nos recuerda la proximidad inmediata del dolor, la enfermedad y la muerte, que son difíciles de comprender y de afrontar. Nos sumergimos así en el mundo de la incertidumbre, un mundo de tranquilidad perturbada y atribulada, un ethos incómodo.

2. La visión de Xavier Thévenot sobre la relación educativa (Xavier Thévenot, heredero de Don Bosco)

Este mundo precario y preocupante está muy necesitado de puntos de referencia. Este apoyo ético, indispensable para el equilibrio personal y comunitario, existencial y espiritual a la vez, se ilustra de manera convincente relejendo la obra del teólogo moralista salesiano Xavier Thévenot (1938-2004), del que fui alumno en el Instituto Católico de París en los años 80.

Una de sus obras de referencia se titula precisamente Principios éticos para un mundo nuevo, y la primera edición se publicó en 1982; el mundo renace constantemente cada día. Como salesiano de Don Bosco, Thévenot nunca dejó de escuchar y aconsejar, de sugerir y de abrir perspectivas.

El corazón de su obra reside en la dirección de la acción educativa, potenciando el concepto salesiano de intervención social sin desanimarse, a pesar de la enfermedad que le quitó la vida. Esto se condensa en la figura principal de la actividad educativa como "es el lugar de la experiencia de Dios que inspira por sí mismo el sentido del encuentro con el otro". En esta perspectiva, "una acción sana puede convertirse para el educador en un camino privilegiado hacia Dios, es decir, su mística y su ascesis", un camino vivido en el marco de una experiencia de diferencia y de semejanza. Por "mística" entendemos "lo que hace

accesible lentamente el misterio mismo de Dios". Por "ascesis" entendemos "la que permite modelar la propia vida poco a poco según la palabra del Evangelio". La presencia activa de Dios se manifiesta así en el centro de la acción social.

¿Cómo podemos percibirlo y disfrutarlo? Debemos tomar conciencia de ella, prestarle atención, invocarla y rezarle, como nos invita metodológicamente Francisco de Sales en su Introducción a la vida devota. La consideración de un "misterio" relacionado con la vida de Cristo, como enseñan los ejercicios espirituales de San Ignacio, nos permite sentir y habitar esta presencia gozosa. Es una forma de experiencia íntima con lo divino, siempre y cuando esta intimidad se mantenga -según François Jullien- a distancia de un amor demasiado ruidoso. La intimidad divina es una cuestión de cercanía, de "proximidad" sin pretender al otro, un objetivo tanto más posible cuanto que la presencia divina nos precede y nos llama desde el principio. Esta experiencia de presencia encuentra su presupuesto en la aceptación de un amor que viene a llenarnos, que, según Jean-Louis Chrétien, nos expande. La unión del alma con Dios, que es el resultado final de esta experiencia de presencia, es una experiencia de expansión que abre nuestro corazón, en la intimidad de la oración y el encuentro singular con Cristo.

El reconocimiento de esta forma de contemplación conduce al educador -pero más generalmente al gestor, al creyente, al animador eclesial- por un camino de transformación, de plasticidad interior, que se configura como camino de santidad a través de la inversión de la perspectiva primaria del objetivo educativo; no se trata de transmitir una técnica, por muy perfeccionada que sea, sino sólo de experimentar "el resultado del esfuerzo educativo de Dios hacia nosotros". Este esfuerzo permite que la libertad humana encuentre y sea captada por la gracia divina. Deberíamos, en cierto sentido, llegar a ser como los pájaros, estos ápodos-albatros, que no vagan torpemente por el suelo, sino que levantan el vuelo, atrapados por el viento de Dios, capaces de elevarse en lugar de quedar aprisionados en nuestras alienaciones. Además, esta certeza de Francisco de Sales que Xavier Thévenot retoma en su artículo *Les ailes et le souffle* se forjó en el sufrimiento de las pruebas, en el cruce de la duda y la angustia:

"Francisco de Sales, tras una agónica prueba en su juventud, debida a una duda radical sobre la posibilidad de salvarse, había adquirido, en el momento de escribir el Tratado, una convicción inamovible: Dios, en su mismo ser, es compasivo y nos ama con un amor infinito. Por lo tanto, no puede permanecer insensible a nuestras desgracias. Él debe enviar el viento favorable para nuestra liberación" .

Esta conversión permanente es una especie de vía pasiva que obliga a un esfuerzo permanente de lucidez sobre uno mismo que conduce a la humildad, entendida, según el monje trapense estadounidense Thomas Merton, como una actitud que "consiste en vivir en el sentimiento de la propia dependencia de lo invisible" o también, según Gabriel Marcel, la humildad es "la actitud que nos hace permeables a las infiltraciones de lo invisible" . Esta

virtud, esta cualidad, esta capacidad es, pues, capaz de reducir "el vacío de nuestra vida espiritual". Frente a la perfección y el sentido de la omnipotencia, el educador (el creyente, el gestor) es una especie de aprendiz que se defiende de la tentación de la fusión en el encuentro con el otro -el joven, la persona con discapacidad- practicando la justa distancia y la justa cercanía. El resultado es una concepción antropológica basada en la valorización de la riqueza y la diferencia, cuyo alcance es universal.

En su obra más estructurada, Thévenot no duda en hablar de un "camino del ser" en el que el sujeto que se encuentra ante el rostro de Dios no debe dudar en entablar una "lucha ética" que haga del encuentro con la alteridad una experiencia de precedencia y del reconocimiento de la finitud una marca distintiva del ser humano y de su falibilidad. Esta lucha se impone en el mundo post-COVID, que debemos seguir comprendiendo y dentro del cual el anuncio de la buena noticia del Evangelio no debe fallar. En efecto, cuanto más inhumano parece el mundo, cuanto más parece que el ethos social está marcado por la complacencia, el narcisismo y la superficialidad, más necesita puntos de referencia. No se trata de negar el carácter traumático de nuestro tiempo, sino de adoptar un enfoque diferente del trauma social, recurriendo a los recursos literarios salesianos y proponiendo interpretarlos en la lógica de un proceso de transmisión marcado por una "fidelidad inventiva", como dice Guy Avanzini.

3. Una necesidad reafirmada de puntos de referencia en un mundo marcado por la inquietud (Xavier Thévenot, heredero de Francisco de Sales)

El relato lucano de las anunciaciones ilustra la noción de inquietud como signo característico de nuestro tiempo y para la cual (primera parte de nuestra intervención) es necesaria la elaboración y difusión de referentes éticos pertinentes y tranquilizadores.

María y Zacarías reaccionan ante el mismo acontecimiento extraordinario: la aparición de un ángel portador de un mensaje. El asombro de María en Lc 1,29: "Al oír estas palabras se turbó mucho y se preguntó qué podía significar este saludo", y el desconcierto de Zacarías en Lc 1,12 cuando se le aparece el ángel del Señor: "Al verlo Zacarías se turbó y se asustó", constituyen una especie de invasión. Satura el espacio de sensaciones y representaciones. Sobre todo, perturba el entendimiento racional, que intenta desesperadamente captar una posible explicación. Ser objeto involuntario de tal anuncio significa aceptar vivir en un régimen de incertidumbre.

Como hipótesis, podemos suponer que lo que perciben los actores es similar a una experiencia de inquietud. Esta noción puede entenderse como una actitud abierta, sin tensiones, capaz de acoger lo inesperado. Significa escucharse a sí mismo, dejar que afloren las emociones. La mente divaga, sin fijarse. Está disponible y es curioso. El ser inquieto es incapaz de calmarse de verdad. La estabilidad huye de él. La esperada serenidad parece inalcanzable. Está buscando, sin tener la certeza del éxito. Su búsqueda

sigue siendo insatisfactoria. Sin embargo, siempre está dispuesto a marcharse. Algunos autores proponen una lectura del Evangelio basada en este enfoque; la de un espacio inaugural que difunde una ansiedad incontrolable. En esta concepción, todas las relaciones están dislocadas. Su imprevisibilidad no deja de sorprender: "Nada deja a uno más sereno que un encuentro. Ya sea que genere molestia, pasión, confusión, reconocimiento, deuda, una nueva familiaridad o una inquietante extrañeza, el encuentro lega un rostro y unas preguntas irreductibles" . Aquí encontramos la misteriosa dimensión de la relación educativa mencionada anteriormente por Xavier Thévenot.

El doble anuncio del que son destinatarios María y Zacarías en el Evangelio de Lucas transforma definitivamente su destino. Inaugura una nueva fase existencial. Para ambos, nada volverá a ser lo mismo. El anuncio marca una ruptura en la continuidad de sus respectivas vidas. Esta irrupción de la discontinuidad es el signo de una metamorfosis para la que los actores evangélicos no están preparados. De ahí el impacto profundamente perturbador que les asalta y abrumba. Todo encuentro, en efecto, es por su propia naturaleza desconcertante y obliga más que invita, a ejemplo de Abraham (Gn 12,1), a dejar las propias comodidades, las propias costumbres, los propios puntos de referencia para ponerse en marcha e ir hacia el otro. No hay nada cómodo en esta nueva postura, que es ante todo la atestación y el reconocimiento de una elección divina: "El dique de lo previsible se rompe en el terremoto de un encuentro. Es el extraño que introduce lo extraño en nuestras vidas, es la victoria del otro, la aceptación del desorden, el consentimiento al desorden. Es aceptar, en definitiva, no fijarse en nada" . El abandono de la fijeza, la renuncia a lo previsible, la incertidumbre que se pone en marcha, esto es lo que sintieron y comprendieron María y Zacarías en un instante. Era imposible, en medio del encuentro divino, desarrollar "una metodología para evitar la inquietud" que les permitiera "desterrar el riesgo".

Lo que viven María y Zacarías puede aplicarse, por analogía, a nuestros contemporáneos, que también están marcados por la incertidumbre y la intransigencia. ¿Cómo, desde esta perspectiva, podemos contribuir a tranquilizar el ethos social marcado por tal desorientación? ¿Cómo podemos conseguir construirnos a nosotros mismos, estructurar nuestros puntos de referencia internos? Xavier Thévenot, meditando sobre François de Sales (Traité de l'amour de Dieu, libro II y libro IX), propone un enfoque pertinente, centrado en la noción de "unidiversidad".

Este neologismo expresa una doble realidad: la importancia de la distinción y la variedad no debe confundirse con la confusión y el desorden. En otras palabras, las diferencias son riquezas que contribuyen a la unificación del ser en su diversidad. Esta visión positiva de la existencia permite rechazar la tendencia morbosa de la sociedad a nivelar las diferencias exacerbando las particularidades. "Vivir de Dios -de un Dios trino, por tanto unidiverso- significa resistirse a la uniformidad y a la fragmentación", explica Thévenot . Se trata de trabajar por la unidad en la diversidad, "desafiando las diferentes aprehensiones", como

nos recuerda Jean Baruzi. Esta postura espiritual permite contrarrestar las estrategias psicológicas o sociales de indiferenciación. Es de tal naturaleza que tranquiliza, que se inscribe duraderamente en una confianza que deriva de un amor divino infinito e inédito que nos precede. Más íntimamente aún, lo unidiverso nos permite construir una unidad espiritual, siempre que seamos sensibles y estemos atentos a nuestra vida interior. Aunque pueda percibirse como algo caótico e incierto, la oración nos permite reposicionarnos dejando que resuenen líneas unificadas. La armonización de la personalidad más profunda permite desterrar el miedo a la intransigencia. El creyente alineado se tranquiliza y puede permitirse creer que su necesidad vital de consuelo no es imposible de satisfacer. Es potenciando las disonancias interiores que uno construye su ser espiritual, capaz de resonar. De este modo, se avanza hacia una armonía cada vez mayor, amplia, intensa, densa. Un camino difícil, ciertamente, pero que el pensamiento salesiano invita a practicar, sin miedo, como persona devota (en el sentido del siglo XVII de la vida devota), a la sombra de la cruz, ante el rostro de Dios.